

ADVERTENCIA: Todos los personajes de la novela están inspirados en individuos que conozco. Si algún lector es capaz de identificarlos, le ruego que me guarde el secreto. De lo contrario podría verme en serios apuros legales

UNO

Madrid, 1995

Todo empezó, como la vida misma, en el preciso momento en que una gota indómita fue a parar al lugar adecuado.

La botella del lava suelos era maliciosamente idéntica a la del limpia baños. El bote del limpia muebles y el de la espuma seca para tapicerías se parecían como dos mariquitas. Pero es que el quita grasa y el limpiacristales compartían la misma clase de ampolla plástica con gatillo. Y para qué hablar de la total similitud que existía entre el ambientador y el limpiador de superficies plásticas. Julia maldijo su tarea una vez más. Podía adivinar a las pocas estrofas si un poema era de Yeats o de Tennyson, pero ante la limpieza de aquel apartamento de apenas 50 metros cuadrados se sentía completamente inútil. Había empleado en ella más de una hora con resultados nada brillantes.

Después de un intento desesperado de familiarizarse con aquella armada invencible de la guerra doméstica, incluida la meticulosa memorización de instrucciones tales como "Manténgase fuera del alcance de los niños" y "No calentar el envase por encima de los 45 grados centígrados.", había decidido proceder a un generoso reparto de sus contenidos.

En eso estaba cuando, de repente, un chorro del quita grasa salió disparado lejos del área prevista por ella, para ir a pringar una gavilla de folios cuidadosamente apilados en una esquina del escritorio, justo al lado de un ordenador portátil.

Podía pensarse que por ser hija única de una portera Julia había sido instruida para convertirse en una cotilla. En absoluto. Simplemente poseía o, mejor dicho, estaba poseída, por una curiosidad científica innata que, además, se acrecentaba ante temas intelectuales. Por esta razón resulta comprensible que al tratar arreglar el desaguado leyese, casi sin querer, el título que figuraba en la hoja mancillada: "Las Venganzas de Don Juan. Novela en Episodios". ¿Quién, después de leer aquello, no se habría animado a curiosear las primeras líneas?

<<"Ven aquí, a mi lado, Juan, Ricardo o como quiera que te llames".

Sentada sobre mi cama, me miraba con ojos teñidos de deseo al tiempo que con su mano derecha golpeaba el colchón, suavemente>>.

Bien, pensó Julia, aquello prometía. En el montoncillo habría una treintena de folios, apenas media hora, calculó. En ningún momento fue consciente de que ya se había apoderado de ella el impulso que mueve a todo "voyeur"; ese vértigo incontenible que le empuja a introducirse en la intimidad de las vidas ajenas. Y pocas cosas más íntimas y ajenas hay que el borrador de un desconocido. Media hora no era nada, se dijo, y bien podría recuperarla si en lugar de usar cuatro productos usase solamente uno. Finalmente, se sentó ante el fino escritorio de raíz que acababa de abrasar con el quita grasa, dispuesta a sucumbir a la tentación.

<<No me faltaban en absoluto ganas de cumplir sus deseos que, claramente, no se limitaban a que yo me sentara a su lado. Llevaba puesta la chaqueta de mi pijama. Le quedaba grande, tanto que, por encima del primer botón, asomaba espléndido un valle profundo a las faldas de dos cimas dignas de ser escaladas. Ambas desaparecieron momentáneamente cuando levantó los brazos para recoger su imponente mata de pelo rubio, de esas con las que sueñan los peluqueros de a

diez mil el corte. Se cubrieron los pechos pero, al mismo tiempo, aparecieron unos muslos largos y, muy probablemente, cálidos y aterciopelados, unidos por un triángulo rojo como de celofán, que me hizo recordar los bombones de licor de mi infancia. Su boca me provocaba con su húmeda súplica.

Me habría gustado ver en mi situación a uno de esos anacoretas de las pinturas del XVII a los que el demonio tienta con visiones estrafalarias. Cuando los curas nos llevaban al Prado siempre me hacía la misma pregunta: por qué, si Lucifer era tan listo, no lo intentaba con unas cuantas tías en cueros. Me parecía sospechoso. Con los años he formulado una hipótesis: es posible que la soledad convierta a los eremitas en unos maestros de la perversión sexual. A mí, la verdad, esas visiones, más que tentarme, me acojonarían. (*)

(A pie de página) Nota del autor: El texto entre corchetes es obra de mi personaje y, por tanto, no me siento responsable ni del léxico, ni de la sintaxis utilizada en él. Tampoco comparto sus opiniones, ni me corresponde mérito o demérito por el desarrollo argumental.

Prefiero de largo las muchachas bien construidas como aquella. Y, sin embargo, resistí su llamada.

Para entender cómo lo logré, y por qué a continuación hice lo que hice, habría que estar en mi pellejo y pasar por lo que él ha pasado, reunir un historial de más de treinta años de desprecios, abusos, pisotones y humillaciones por parte de las mujeres. No, no exagero. Atesoro un repertorio que asombraría a cualquiera.

Es posible que quien lea esto me tome por un misógino enfermizo, un degenerado sexual o un jodido paranoico con el cerebro esponjoso de una vaca loca. Entiendo que ocurra así pero, primero, le pido que conozca una parte de mi

historia, sólo unos ejemplos de lo que ha sido mi vida en relación con el sexo opuesto>>.

Aquella primera página era toda una declaración de guerra al género femenino, pensó Julia, una provocación que excitaba aún más su curiosidad y la impulsaba a proseguir. Estaba claro que allí no iba a encontrar nada útil para incluir en su tesis doctoral sobre las Utopías literarias en Lengua Inglesa, pero prometía mucha más diversión que toda una tarde en compañía de Tomás Moro y Aldous Huxley en persona.

<< "Soy el pequeño de seis hermanos. Ninguno fue lo que se dice monísimo, pero yo destaqué desde el instante en que asomé la cabeza entre las piernas de mi madre. Al verme, mi padre preguntó si había algún circo cerca del hospital. Todos consideraron superflua mi presencia en el mundo, sobre todo mi querida hermana Pilar, la precedente, quien aún disfrutaba de los servicios de la nodriza gallega cuando llegué yo para usurpar su puesto. Ambas, como buenas congéneres, se aliaron en contra mía. Me fui quedando canijo. Tanto, que pensaron que iba derecho al limbo sin remedio. Afortunadamente, el médico descubrió a tiempo que aquella sádica, por muy de Mondoñedo que fuese, permitía a mi hermana dar las primeras mamadas, las que más alimento contienen, mientras a mí me reservaba los posos del surtidor.

Esta primera fase duró pocos meses. A continuación comencé a engordar. Mi madre, seguramente marcada por el incidente anterior, me sobrealimentó. Toneladas de Pelargón, criadillas, sesos de cordero, caldos con Bovril, ponches de huevo y vino de Málaga, aceite de hígado de bacalao, quina Sansón, Calcio 20 y chocolatinas Nestlé pasaron por mis tragaderas en pocos años. A los once podía rodar por la escalera del colegio sin romperme ningún hueso. Lo sé porque durante una temporada se convirtió en la diversión favorita de mis compañeros de curso. Arturo el cachalote o "cacha" a secas, era como me llamaban cariñosamente.

A esa edad me enamoré por primera vez y, para ser original, lo hice en la persona de una vecinita. "Déjame en paz ballenato o le diré a mi hermano que te dé una paliza y te rompa las gafotas". Algo así contestó la pequeña zorra a mi primera poesía de amor. Era una obra maestra que me había costado armar más de una semana, y que contenía versos íntegros de Bécquer, Zorrilla y San Juan de la Cruz en sin igual pastiche. Como si hubiesen sido del payaso Miliki, aquel penco era inmune a las metáforas.

Lo de las antiparras lo recalcó con la clara intención de eliminar cualquier resto de pasión amoratoria por mi parte. Sabía que era un trauma muy reciente. Al principio, el interés que los cristales despertaron en mis compañeros me infundió ciertas esperanzas, pero, a esas alturas, se había convertido en un motivo más de escarnio.

Durante la adolescencia las cosas no mejoraron precisamente. Con el desarrollo me abandonó la obesidad pero aumentó el grosor de mis lentes hasta hacerse insultante de por sí, al tiempo que la distribución de mis piezas bucales se dilucidaba en medio de una guerra fratricida: cada una por su cuenta luchaba por lograr un lugar lo más cercano posible a la salida.

Era el más listo de la clase, y eso tampoco atraía muchas simpatías, al menos verdaderas. Alguna chica se acercaba a mí cuando llegaban los exámenes. Venía a casa una tarde, conseguía su propósito, que no era otro que le explicara algún estúpido problema de matemáticas, y desaparecía.

Un día, con trece años, me invitaron a un guateque en la casa de una compañera de clase, supongo que con la intención de reírse a mi costa. Lo sospechaba, pero de todas formas acudí. Jugamos a las prendas. Típico. Un beso a fulanita, declárate a menganita, etcétera. Amañaron el juego para que saliesen juntas mi prenda y la de Yolanda, la bizca. La gracia consistiría en encerrarnos juntos en un gran armario ropero durante cinco minutos. Yo me aplasté en una esquina dispuesto a pasar el trago con serenidad, pero a ella le debió caer encima un sombrero de plumas o algo parecido. Además de bizca como un camaleón era una maldita histérica. Empezó a gritar. Alcanzó tal grado de demencia que nos abrieron

a los dos minutos. En ese tiempo me había arañado la cara, roto la camisa, pateado los huevos y humillado nuevamente. Balbucí una excusa y me escabullí. No hubo más guateques>>.

<<Con 15 años aún no había tenido suficiente escarmiento. Mi corazón de adolescente estaba preparado para derramarse a borbotones -como las poluciones nocturnas que humedecían casi todas mis noches- por cualquier ser del sexo opuesto que me hiciese algo de caso. En esas circunstancias alguien con vocación de alcahuete me presentó a Angela. Por las fotos de entonces debía de ser, como yo, la fea del grupo, aunque debo reconocer que sus virtudes la hacían, o al menos la hicieron a mis ojos de quinceañero, auténticamente atractiva. Simpática, complicada, de vocación intelectual, pasábamos las tardes compartiendo nuestros cortos conocimientos artísticos y literarios. Era un milagro, pensaba, haber encontrado una persona, mujer para más señas, que se volvía loca por los impresionistas -como yo-, por García Márquez -como yo-, por Mozart y Louis Armstrong -increíblemente, también como yo-. Me enamoré como un desesperado. Tantas tardes pasamos y tan cortas se me hicieron que, cuando nuestras manos apenas habían empezado a conocerse a base de pequeños contactos que aparentaban azarosos, de repente, llegó el verano. Nos separamos. No hubo cartas. Ya en septiembre, el alcahuete no esperó ni un par de días para darme la mala nueva: Angela estaba saliendo con un "tío mayor", de "por lo menos 17 años".

Con eso le hubiera bastado para hundirme en simas a las que Werther nunca habría osado bajar, pero es que, además, Angela había dado una extensa explicación para conocimiento del público en general: Arturo era un muchachito muy simpático, apropiado para charlar, aunque, la verdad, muy poquito hombre, y ella a sus quince años, casi 16, iba buscando otras cosas en su acompañante, además del cerebro.

Dicen que al destino le gusta ensañarse con sus víctimas. Pues yo debo ser su preferido para hacer prácticas. A los pocos días me encontré, de frente y sin escapatoria, con la parejita. Era evidente que Angela había encontrado esas cosas

que necesitaba con urgencia en el mostrenco de dos metros que le acompañaba, aunque tampoco cabía duda de que, con aquella cara, García Márquez debía ser para él un primo del portero del Real Madrid. "Hasta luego", musité, justo antes de estrellarme contra la pezuña del percherón. "¿Tú eres Arturo?", me preguntó. "Sí", balbucí. "Pues si te vuelves a cruzar con nosotros ya puedes cambiar de acera o vas a lamentártelo (sic)", me comentó gentilmente. Para ayudarme a comprender el sentido de su elaborado discurso, me dio tal empujón que me hizo atravesar la calzada. Menos mal que los empleados de una cafetería habían tenido el detalle de poner, unos segundos antes, los cubos de basura justo al otro lado, gracias a lo cual, pude detener mi traspié chocando contra ellos para, acto seguido, rodar por el suelo profundamente hermanado con su contenido. Angela me miró, se encogió de hombros y echó a andar aferrada al brazo de su mastuerzo con devoción gitana. >>

<<Llegué virgen a la universidad, y no por mi gusto. Al menos, allí apenas me conocía nadie y mis relaciones podían partir de cero. Me matriculé en primero de Derecho, pero aquello no significaba nada en esa época. Además, había que enrolarse en otra cosa: PC, FRAPP, Liga Comunista Revolucionaria, Movimiento Comunista, etc. Había mucho donde elegir entre la izquierda radical y la ultra izquierda. Yo me habría hecho del Hare Krishna con tal de ligar. Había oído que las tías más desinhibidas militaban en el MC, así que me decidí por este grupo.

La táctica funcionó bien. Mis panfletos eran buenos, ortodoxos, y enseguida me empapé de Marx, Bakounin, Trotsky, Mao y Rosa de Luxemburgo, nombre que siempre me ha parecido más propio de poetisa que de adoctrinadora de masas. Encontré pronto un par de proquinas que se interesaban por mí, y hasta una trotskista. Finalmente ésta fue la más generosa y consumó mi desvirgue en un piso comunitario, bajo una de aquellas mantas andinas que se llevaban entonces, y que no solían lavarse, por lo que producían picores y sarpullidos intensos al contacto con la piel. Al menos ese fue mi caso.

Me enamoré, claro, perdidamente. Cambié de disciplina de partido y compuse los mismos panfletos con ligeras adaptaciones. Guiado por la pasión, mis

textos alcanzaron alturas místicas tales que mis camaradas me tuvieron que llamar la atención un par de veces. No se sabía muy bien si clamaban por la revolución sangrienta o por el amor libre universal. Pronto me di cuenta de que Nieves, "la troska", aunque canija y con cierto aspecto de rana, tenía una gran facilidad para socializar sus favores entre el lumpen del tipo camarada desvalido, como yo, aunque también se volcaba con los jefecillos siempre que podía. Sufrí mucho, como era de prever. Tuvimos largas discusiones en las que ella intentaba convencerme de que nosotros no éramos lo importante, sino nuestra causa; mientras que yo, con escaso ardor partidista, argumentaba que en los textos de los próceres no se asimilaba ayudar a la causa con tirarse a todos los causanos o causantes.

Todo acabó tras una manifestación de aquellas que frecuentábamos y que, casi siempre, organizábamos. Íbamos en primera fila, debajo de la pancarta ritual. Yo estaba con Nieves y Nieves estaba pegada al líder del grupo, un tipo guapo de verdad al que, además, habían detenido un par de veces. Este hecho le confería a los ojos de sus camaradas una influyente aura de santidad atea, si es que eso puede existir. En el momento en que, muy a lo lejos, empezaron a divisarse los primeros "grises", el líder me hizo el honor de trasladarme los palos de la pancarta, lo cual, no lo niego, me emocionó vivamente. Cuando la policía aún estaba a quinientos metros me percaté de que Nieves y los demás se habían esfumado.

No sé si agarraron a algún otro, pero sí que yo fui el primero y el que sació su ardor profesional aquella tarde. Supongo que si me dejaron marchar después de cumplir con sus órdenes a conciencia, incluso yo diría que con exceso de celo, fue porque pensaron que iba a ser un engorro en la comisaría. Cuando llegué a casa de Nieves me encontré con el líder tumbado en su cama, atendido por ella cual Cristo por María Magdalena, y coreados ambos por un grupo de camaradas. Por lo visto, se había doblado un tobillo al pisar una tapa de alcantarilla mientras huía de la "lluvia de balas que silbaban alrededor". Los demás asentían y compartían a una la necesidad de matar a esos cerdos. Nadie se fijó en mí, a pesar de que era como para hacerlo: lucía dos o tres chichones, la ropa destrozada, me faltaba un zapato, un ojo lo tenía cerrado, y la sangre aún manaba de mis narices. Silenciosamente, para

no importunar al abnegado líder, recogí mis pocas pertenencias desperdigadas por la habitación y con ellas como bagaje me trasladé de vuelta al mundo capitalista>>.

A Julia le hicieron cierta gracia estas últimas andanzas. Sus profesores, los bedeles, los libros de la transición, todos relataban con demasiada frecuencia las viejas batallitas de la universidad franquista. Sin embargo, aquella era una visión bastante más crítica, incluso sarcástica, y muy diferente de los habituales poemas épicos del rojerío. No pudo evitar una sonrisa al imaginarse a alguno de sus conocidos como protagonistas de la historia.

<<Gracias a mis aventuras políticas aprendí mucho de la vida y de ciertas doctrinas, pero me suspendieron todas las asignaturas de Primero en los exámenes de junio; a la vista de lo cual decidí que mi camino sería sólo mío y no una larga marcha en compañía de ninfómanas y tarados. En septiembre levanté el curso. Segundo y Tercero los aprobé en un año, y en Cuarto me enamoré de una compañera de clase. Montse, se llamaba, y con ella tuve mi ración de noviazgo típico de la época. Salíamos hasta las nueve en días laborables, y los fines de semana hasta las diez y media. Los domingos nos hacíamos arrumacos en el banco trasero del coche de Luis, mientras él y Tere ensayaban los suyos en el delantero. Luis era el único amigo que había hecho en esa etapa de mi vida.

Cuando alguien nos prestaba casa, recuerdo que ponía en juego toda mi elocuencia para convencer a Montse de que hiciéramos el amor. Ella no desechaba la idea frontalmente, pero, a la hora de la verdad, siempre se cerraba de piernas argumentando no sé qué temores irracionales. Ingenuamente, yo los creía sinceros, y hasta los justificaba como producto de una educación represiva. Después de todo, me decía a mí mismo, Montse no hablaba nunca de matrimonio, y no parecía ser

de esas que utilizaba el virgo como la zanahoria del burro. Yo, como burro, seguí intentándolo.

A punto de empezar Quinto de carrera, mi padre tuvo la infeliz ocurrencia de morirse. Eso fue una putada, desde luego, pero no peor que la solidaridad familiar. Mis hermanas no trabajaban, y mis hermanos estaban casados. Ellos, o más bien ellas, mis hermanas y mis cuñadas, decidieron que el "niño" tenía que, o bien dejar la carrera, o bien trabajar si es que quería terminarla. Para echarme una mano en tan felices circunstancias, Montse me plantó por Luis, quien, casualmente, acababa de conseguir una pasantía en el despacho de un tío suyo muy importante, y tenía, al decir de todos, mucho porvenir. Creo recordar que me deseó suerte. Yo deseé intensamente que el 127 de Luis, con ellos dentro, acabara bajo las ruedas de un autobús. Incluso creo recordar que intenté colaborar con el destino cortando algunos cables y conductos de su coche. Mis opiniones acerca del género humano en general, y del femenino en particular, ya eran entonces imposibles de transcribir. Pero advierto al lector que las actuales son notablemente peores. >>

<<Pese a todo, me sobrepuse. Encontré varios trabajos absurdos como contar viajeros de metro, montar equipos telefónicos o hacer encuestas sobre alimentos para perros, los cuales me permitieron terminar Derecho y no sólo esa licenciatura, sino también la de Económicas, en tan sólo cuatro años.

Para ser más exacto, estando en Tercero de Económicas el trabajo ya no era eventual, sino un empleo en toda la regla y bien remunerado en una multinacional. Empecé a tontear con Lola, una chica del mismo departamento.

Pensé que eso era lo que me convenía: una mujer tranquila, trabajadora, generosa y sin ambiciones. En dos palabras, sin peligro. En cuatro palabras, sin peligro y sin emoción. Nos casamos y, a los dos meses, se empeñó en dejar su empleo. "Cuidaré de ti", me prometió. Y a fe mía que lo hizo. Como una arañita de jardín fue tejiendo su tela a mi alrededor y yo, encantado viéndola tejer. Hasta que, un buen día, un año después de la boda, me di cuenta de que unos hilos me

salían de los brazos, de los pies, de la cabeza e iban a parar a sus manos. Hacíamos todo lo que ella dictaba, y lo que ella dictaba era todo. Mi carrera estaba planificada por ella, mi tiempo también, igual que nuestro futuro y el de nuestros hijos (que no llegarían -afortunadamente- hasta que no fuese jefe de departamento), nuestro ocio, nuestras tareas domésticas, nuestras relaciones sexuales, nuestras visitas familiares... todo era todo. Y, por si fuera poco, ni un 10% de ese todo me hacía puñetera ilusión. Una noche tuve un sueño. Me vi como una gallina de granja, con la cabeza sujeta frente a la comida, sometido a una luz perenne, engordando minuto a minuto mientras vigilaba por el rabillo de mis estultos ojos la puerta del corral por la que me sacarían de un momento a otro y para siempre. La puerta se abrió de golpe. Di un grito y desperté. Al día siguiente me fui. El divorcio llegó mucho más tarde, después de que consintiera pagarle -regalarle- el piso y cediera a unos cuantos chantajes más. No me importó. Fue como ese dolorcillo agradecido que nos queda tras la extracción de una muela que nos ha torturado durante semanas. Tocamos el hueco con la lengua y, aunque nos moleste la cicatriz, nos reconforta cerciorarnos de que ya no está, de que no volverá dolernos nunca. Pero había otro problema que he omitido hasta ahora: Lola era sobrina del presidente. Era como decir que mi carrera se había estancado para siempre en esa empresa.

Dimití y tuve que pasar unas semanas en el paro, momento que eligió mi madre para volver a casarse. Su marido era, según la tradición, honrado y trabajador, pero no se le podía aplicar lo de educado. "No me gustan ni los vagos ni los maricones". Eso fue lo que me dijo la primera vez que me vio en casa. Mi madre intentó explicarme, con lágrimas en los ojos, las razones por las que me convenía buscar un apartamento para mí solo.

Lo del trabajo se solucionó pronto y con fortuna. En pocos años me convertí en un apetecible ejecutivo: soltero con piso, buen coche, moto, apartamento en la costa y todo lo demás. Tenía bastantes mosconas alrededor, pero no pensaba sucumbir. Y no lo hice hasta hace un año.

Cierta noche me emborraché. Lo hago una o dos veces cada diez años y esa fue una de ellas. Me habían ascendido a subdirector general y, a falta de alguien más, lo celebraba conmigo mismo. No recuerdo a qué sitios fui ni lo que hice. Sólo

sé que a la mañana siguiente me desperté con una mujer en mi cama. Susana parecía algo mayor que yo y, según sus comentarios, lo habíamos pasado estupendamente. Al día siguiente se presentó en mi casa con un motón de maletas y me pidió que llevase a sus dos niños al zoológico, porque ese fin de semana le tocaba a ella pasearlos y tenía una resaca tremenda.

Al principio sólo hacíamos el amor cuando estaba borracha o drogada, lo que ocurría una o dos veces a la semana. Me costó, pero en unos meses logré que dejase la bebida y la cocaína, y hasta le busqué un buen trabajo. Llegué a quererla bastante más de lo que se merecía.

Poco a poco comenzó a ausentarse sin dar explicaciones. Al principio me temí que hubiera vuelto a engancharse, pero no era así. Estaba más lúcida que nunca. Pronto algunas voces interesadas me hicieron llegar noticias: había sido vista en tal hotel, en tal bar, en tal night club... y no conmigo.

Hace unos días la esperé hasta las seis de la mañana. El psicodrama era inevitable, pero aquello no podía seguir así. "¿Dónde has estado?" fue mi sencilla y única pregunta de la noche y la madrugada subsiguiente. Era un cerdo, no tenía derecho a pedirle explicaciones, no entendía las necesidades de una persona como ella y no estaba dispuesta a que sus hijos tuvieran el menor contacto con un tipo - "ejecutivo de mierda", adjetivó- como yo; seguramente recaería en la droga por mi culpa y consiguientemente ella o yo teníamos que salir de allí inmediatamente. Le recordé que la casa era mía, lo cual provocó una segunda andanada mucho más extensa y violenta de la que pronto perdí la cuenta. Al día siguiente, cuando volví del trabajo, se había ido llevándose con ella sus cosas y un porcentaje bastante elevado de las mías. Para concretar más, tuvo la liberalidad -o la ironía- de dejarme dos camisas, unos calzoncillos y unas zapatillas viejas de deporte.>>

<<Tras ello y una vez evaluado objetivamente mi historial, consideré que había tocado fondo. A mis cuarenta años no quería permanecer a la espera de la próxima afrenta y empecé a pensar en el contraataque. Ya no era como antes, cuando me llamaban "cacha". Muchas cosas se habían puesto de mi lado. Para empezar, el dinero. El polvillo que produce es invisible para nosotros, pero deja un rastro que algunas mujeres detectan perfectamente. En cuanto al físico, había mejorado bastante. Los dientes estaban en su sitio, el pelo también, y los rayos UVA, mezclados con lentillas, gimnasia y largas sesiones de mancuernas, habían hecho maravillas.

Sólo necesitaba un ejemplo, un líder, un símbolo simple que me inspirase en mi venganza. No tuve que pensar mucho. Decidí que había llegado el momento del nuevo Don Juan. El Tenorio se levantaría de su tumba dispuesto a dejar pequeñas sus fechorías de antaño. Sería un Tenorio de Tirso, malvado hasta el final, no tierno y enamoradizo como el de Zorrilla. Invoqué su imagen y pedí fuerzas al fantasma del sevillano para proseguir su interrumpida lista de desmanes.

Por supuesto, corren otros tiempos. Aquellos rollos del honor, la virtud y la inocencia, ya no están vigentes al final de segundo milenio. Buena parte de las mujeres iban a entregarme su amor sin necesidad de numeritos del estilo de "no es verdad ángel de amor...", y sin exigirme matrimonio a cambio. Actuar de play boy barato era demasiado fácil y no obtendría la recompensa de la humillación. Y yo quería humillar. Por eso tuve que realizar algunos cambios en el patrón a seguir. El nuevo Don Juan las enamoraría, sí, mas no las deshonoraría puesto que la honra ya no existía. Sería un Don Juan incruento pero despiadado, caballero pero brutal, amable, pero no amoroso.

Elaboré una lista con los tipos de víctima que pensaba utilizar en mi venganza. El primero era el de la ejecutiva triunfadora. Sería una buena prueba iniciática conquistar a una de esas nerviosas, altivas y endurecidas mujeres. Ordené imprimir unas tarjetas de director general de Sevillana de Ventanas S.A., a nombre de Juan de Nápoles, y salí en busca de mi primera presa. >>

Terminado el largo "flash-back" introductorio comenzaba, previsiblemente, pensó Julia, la acción que enlazaría con la primera escena que había quedado pendiente, la del colchón. A esas alturas del texto sentía ya una cierta curiosidad por conocer las aventuras de ese donjuán renegado. La declaración de guerra, y su justificación, tenían un tono de sarcasmo que sonaba hasta verídico. En las próximas páginas se vería más claramente la habilidad literaria del misógino desconocido que habitaba ese apartamento.

<<Comencé la búsqueda en un pub concurrido por los ejecutivos de la zona. Los pubs también tienen su ciclo vital. En aquel momento éste lo frecuentaban directivos medios y altos, sin llegar a los "top". Con el tiempo se llenaría de ejecutivillos primerizos de sonrisa palurda, chistes a punto y muchas ganas de medrar. Los superiores, hartos, huirían a otro local. Por allí paraban profesionales de las finanzas en traje diplomático, publicitarios con coleta o sin ella, directores de marketing y toda una gama de elementos similares. A ciertas horas, también solían acudir las busconas de lujo, lo que podía haber complicado mis planes. Pero eran las cuatro y media de la tarde, y todavía no había conocido ningún ejecutivo lo suficientemente salido como para buscar un alivio entre el café y la vuelta al trabajo. Pensé que ese día no iba a tener suerte: entre la concurrencia había muy pocas mujeres y la mayoría, excepto una pareja de secretarías de dirección que cotorreaba animadamente, estaba en compañía de varones.

Por fin, en el otro extremo de la barra, junto al teléfono, la descubrí. De mi estatura, tenía un mentón fuerte, tanto como su densa melena pajiza y sus ojos azules que superaron mi examen sin pestañear. Podía ser directora de marketing en una multinacional, abogada de un bufete de alto nivel o directora general de una cadena de tiendas. Me equivoqué, claro. Don Juan, pensé dándome ánimos, nunca pierde el tiempo en revoloteos, así que fui hacia ella.

- Buenas tardes. ¿Puedo invitarla a un café?

- No gracias -me contestó con gesto de evidente desagrado.

- ¿Una copa? ¿Un vaso de agua?

- No.

Su impaciencia parecía incrementarse por segundos, pero insistí.

- Bien. Si está esperando a alguien y quiere charlar un rato...

- Se lo agradezco, pero prefiero estar sola -recalcó mucho lo de sola.

Inició un movimiento para cambiarse de sitio pero, con un gesto, le indiqué que siguiera allí y me retiré. "Lo siento", me disculpé con una sonrisa.

No había sido un buen inicio en la carrera del nuevo Don Juan, pero tampoco iba a renunciar a mi primera presa tras batalla tan breve. Me senté al otro lado de la barra, perfectamente enfrentado a ella y me dediqué a observarla. Sus facciones, aunque inmóviles, traslucían un nerviosismo que crecía conforme las manillas del reloj, que consultaba a cada instante, variaban de posición. Dieron las cinco, posiblemente la hora que se había fijado para finalizar su espera. En efecto, se dispuso a salir. Don Juan lo haría detrás, presto a provocar un incidente con un taxi o cualquier otra excusa.

Ocurrió algo, sí, pero desde luego no tuvo nada que ver con mi estrategia. Salió del pub y echó a andar a buen ritmo cimbreado sobre sus largas piernas sin hacer ademán alguno de pedir taxi. Yo la seguía a unos quince metros cuando un viejo Renault 5 aparcado en doble fila a la puerta del pub, arrancó con estrépito. Algo en él atrajo mi atención, seguramente el ruido bronco de sus escapes deportivos. El caso es que volví la cabeza y pude ver claramente el cañón de un arma asomando por la ventanilla del pasajero. No estaba bien, pensé, que a Don Juan le matasen a la primera futura conquista en sus mismas narices. Corrí al tiempo que gritaba: "¡Al suelo! ¡Tírese al suelo!". Ella se dio la vuelta sin comprender, pero el vehículo estaba ya a nuestra altura. Me lancé sobre la supuesta

ejecutiva y rodamos juntos por la acera al tiempo que sonaban varios disparos. Podían haber salido del coche para arreglar la chapuza, pero no lo hicieron. Quizás mi presencia no prevista les desconcertase, quizás no habían querido matarla sino, simplemente, amenazarla. Nunca lo sabríamos. >>

<<Después de que salvara su vida, la rubia no pudo negarse a aceptar una nueva invitación. "No se preocupe -intenté tranquilizarla-, no creo que vuelvan, al menos por hoy. Le sugiero que me lo cuente todo, y no me venga con que éste es un nuevo deporte de moda entre los ejecutivos".

Para empezar, me había equivocado del todo en la profesión. No se trataba de una ejecutiva, sino de una periodista. Alicia Montecillo trabajaba en un diario de información económica. Digo trabajaba porque se había despedido hacía sólo unos días.

El asunto, según el relato que me hizo a continuación, comenzó con una llamada a la redacción, sección de Bolsa. Un comunicante anónimo informó de que Construcciones Carcasa iba a lanzar una opa hostil sobre el holding Flapisa. Dio detalles sobre el precio que se iba a ofertar por acción y de los últimos movimientos desarrollados por los brookers. Ninguna de las dos empresas quiso confirmar la noticia, pero tampoco la desmintieron. El diario no iba muy bien y necesitaba exclusivas de ese estilo. En otro país una información semejante habría dado lugar a una investigación oficial, pero aquí se publicó sin que ocurriera nada. Nada, excepto que las acciones de Flapisa subieron como la espuma. Gracias a ello, la oferta resultó baja y no prosperó, pero Bituminosa, competidora de Flapisa, salió a la arena con otra que sí lo consiguió.

"Me quedó la clara sensación de haber sido utilizada, aunque no sabía ni por qué, ni para quién. Habíamos entrado al trapo, como se dice en la jerga. Carcasa sabía perfectamente lo que iba a pasar si se publicaba la información: las acciones de Flapisa subirían y la adquisición se encarecería. Podía haber presionado para que no se publicase, pero no lo hizo, ni siquiera emitió un mentís rotundo. Por otro

lado, ¿por qué el informante dio tantos detalles, incluido el precio por acción? Estaba dispuesto a desvelar cualquier cosa con tal que nos lo creyésemos. Seguí investigando por mi cuenta con un solo resultado: mi redactor jefe me ordenó que me olvidara del tema porque él se iba a encargar de manejarlo. Para compensarme me largó un montón de notas de empresa, basura para redactores en prácticas. No hizo nada, claro. Me siguió machacando con remitidos hasta que presenté la dimisión. Tengo una reputación lo suficientemente buena como para encontrar pronto otro trabajo, y no iba a aguantar aquella humillación. Supongo que he sido una estúpida y que he hecho justo lo que ellos querían".

- ¿Y qué me dices de esta cita tan emocionante? -pregunté, animado ya al tuteo.

- Bien, a eso iba. Como te decía, seguí investigando, pero con pocos resultados. Es muy duro reclamar información sin tener detrás un medio. Pero entonces me dije: está bien, no has averiguado gran cosa. ¿Pero quién lo sabe? Decidí lanzar un farol, así que llamé al presidente de Carcasa, Aniceto Salazar, y le dejé un mensaje a su secretaria que decía: "Necesito verle. El asunto de Flapisa puede empezar a salpicar a muchos, entre ellos a usted".

- Te gusta el riesgo ¿eh? -pregunté ensayando un cierto doble sentido.

- Tenía que hacerlo -contestó sin atender mi insinuación-, era la única forma. Pero no obtuve respuesta hasta ayer. En mi contestador había un mensaje anónimo que decía: "Espéreme mañana en el Golden Street a las cuatro y media".

- ¿Era hombre o mujer?

- Hombre, pero no creo que fuese el propio Salazar.

- Desde luego. En cualquier caso, le preocupaste lo suficiente como para que quisiera dejarte como un bonito colador -probé de nuevo, y esta vez no tuvo más remedio que darse por enterada.

- Gracias por lo de bonito.

- No las merece. En realidad es un adjetivo bastante torpe para tratar de describirte -proseguí en un intento de estirar la idea.

- Mejor no busques otros nuevos, no sea que lo estropees -me cortó en seco.

Me ofrecí para llevarla en coche a su casa, o a cualquier otra, incluso a recomendarle un hotel por si temía alguna visita inoportuna.

- Gracias -me contestó-. Tengo aquí cerca mi coche y, desde luego, esta noche la pasaré en casa de alguna amiga.

- ¿No tienes un hombre que te cuide? -pregunté con inocencia.

- ¿Te importa mucho? -replicó con frialdad de perdonavidas.

- Desde luego que sí -respondí decidido.

- Pues no te hagas ilusiones. Los ejecutivos no sois mi tipo.

"Gracias por salvarme la vida", me dijo antes de introducirse en un cochambroso utilitario. Le pedí un teléfono donde poder localizarla y, curiosamente, me lo dio. A cambio le entregué una de mis tarjetas falsas. "¡Oh... ! Director general..." declamó con fingido placer mirándome antes de arrancar.

Había salido de casa en busca de una yuppie y me había tropezado con una periodista. No tenía ni idea de cómo tratar a los de su especie. Y, había que reconocerlo, había dado pruebas suficientes de ello en ese corto rato. Sin embargo, me gustan las dificultades. La venganza sabría mejor si alcanzarla me suponía más esfuerzo del que había previsto>>.

La lectora Julia no sabía cómo pero, de repente, estaba inmersa en una historia de género negro. No era una sorpresa del todo agradable para alguien con sus aficiones y prejuicios literarios. Todavía tenía por delante veinte folios y había transcurrido más de la mitad del tiempo que se había dado. Quiso saltarse algún episodio, pero su conciencia de buena estudiante se lo impidió. O quizás fuese el riesgo de perderse algún pasaje especialmente escabroso.

<<El mejor camino para seguir en contacto con Alicia Montecillo era, sin duda, ofrecerle mi ayuda en el asunto Carcasa. Lo malo es que también podía ser un camino directo para encontrarme con mi maestro, el sevillano, en el mismo infierno, dado que la chica era algo así como una diana ambulante. Después de pensarlo mucho y a pesar de que el encuentro con balas perdidas no entraba en mis planes de conquista, decidí convertirme en un detective a su servicio. El trofeo merecía la pena y la venganza también. Me imaginé la historia como una película de serie B con los últimos planos ligeramente alterados.

Al día siguiente pedí a mi secretaria que no me interrumpiese y empleé la mañana en hablar con personas más enteradas que yo. Hay fuentes que quedan fuera del alcance de los periodistas de a pie y a las que un directivo bien relacionado puede acudir. No por méritos propios, sino por las informaciones que recopilé de conocidos, internet y bases de datos, incluso del propio Ministerio de Economía y Hacienda, al final de la jornada empecé a formular algunas hipótesis verosímiles.

Por la tarde telefoneé a Alicia desde mi casa. Era el momento de avanzar juntos. No quería dárselo todo resuelto, pues de esa forma perdería oportunidades de aproximación.

- ¿Estás ya recuperada del susto? -pregunté cuando se identificó al otro lado del hilo.

- Más o menos. Digamos que todavía siento aversión por las aceras vacías.

- Se te pasará pronto, estoy seguro. Escucha lo que he averiguado: Flapisa es el holding creado por una empresa familiar, cuyo propietario...

- Un momento, Juan -me interrumpió-. Escucha esto tú primero, antes de que sigas intoxicándome.

Me quedé callado, a la expectativa.

- Sevillana de Ventanas -prosiguió- no existe. Al menos no está registrada, y nadie del ramo la conoce. ¿Qué me puedes decir tú a eso?

Aquello no me lo esperaba. La chica no era tonta, y tampoco confiada. Estaba claro que no quería que se la jugasen otra vez.

- ¡Enhorabuena! -dije para ganar tiempo-. No me extraña que tengas varias ofertas. Eres un auténtico sabueso. Eres capaz incluso de desconfiar de alguien que te ha salvado la vida.

- Francamente, ya no estoy tan segura de fuese así. Estabas en el sitio exacto a la hora adecuada, intentaste ligar conmigo, muy correctamente, lo reconozco...

- Gracias -interrumpí-. Algo es algo.

- Luego, a pesar de que te di cajas destempladas, saliste detrás de mí y, en el momento justo, pudiste esquivar una lluvia de tiros que debería habernos agujereado a los dos. Además, los tipos del coche no salieron para intentarlo otra vez. Tu presencia en todo esto me parece demasiado casual.

- Es muy probable -seguí su razonamiento- que no dejaran el coche porque iban descubiertos y les preocupaba ser reconocidos, lo cual querría decir que están fichados. Yo creo que tienes razón en algunos puntos. Hay parte de casualidad, es decir, que yo te viese, que me gustases, que te siguiese porque ibas en la misma dirección de mi aparcamiento, y que te salvase la vida. Si te das cuenta, se trata de una sola casualidad prolongada. Sin embargo, sí puedo estar de acuerdo en que los

tipos del coche no tenían realmente intención de matarte, y menos con alguien a tu lado que podía ser un policía o un guardaespaldas. Estoy casi seguro de que sólo han tratado de asustarte.

- Muy bien -dijo sin convencerse-, pero ¿y Sevillana de Ventanas? ¿Y Juan de Nápoles? Ninguno aparece ni en internet ni en la guía de empresas, ni en los directorios de ejecutivos ¿Cómo piensas que puedo creer en las informaciones que me da un individuo que se dedica a distribuir tarjetas falsas con un nombre de opereta?

Lo de opereta me dolió bastante, no obstante en ese momento ya había tenido tiempo de urdir mi respuesta.

- En realidad tengo muchas, de varias firmas y con varios nombres y cargos.

- ¿No me digas que te dedicas a ligar en los pubs con tarjetas de director general?

- No, claro. Aunque a veces vienen bien para eso. Tengo que ser muy prudente. En realidad las uso para abrir puertas.

- ¿Eres un detective?

- No exactamente.

- ¿Qué eres entonces? ¿Para quién trabajas? ¿Para Salazar? -me interrogó con impaciencia.

- En realidad soy...un estafador -dije después de una pausa dramática.

- ¿Un estafador?- soltó una carcajada sarcástica-. No me lo creo.

- Pues es la verdad. En todo caso no me importa que me creas o no. Estoy de tu lado, estoy ayudándote, tengo fuentes distintas de las tuyas, soy un profesional,

vivo de saberlo todo de las empresas ¿entiendes? Y concretamente, tengo una buena información sobre el caso Carcasa.

- Supongo que no te es difícil ¿no? -inquirió casi para sí misma.

- ¿El qué?

- Supongo que si eres un profesional que engaña a las empresas, para ti será un juego de niños inventar algunas pruebas y conexiones para engañar a una periodista.

- ¡Joder tía! -empezaba a enfadarme de verdad y, además, ya me sentía perfectamente dentro de mi nuevo pellejo de estafador y me gustaba mucho; tenía grandes posibilidades-. ¡Me jugué el tipo por ti! Me he destrozado un traje de mil euros. Me he pasado todo el día haciendo llamadas, algunas bastante comprometidas, y pateándome la calle. A lo mejor no te he salvado la vida, pero lo intenté, y tengo un montón de informaciones que a mí no me sirven para nada. Yo no me dedico a los chantajes de altos vuelos que te echan encima a toda la poli del mundo, es demasiado peligroso. Sólo hago estafas de poca monta que nadie se atreve a denunciar por no quedar en ridículo. Piensa un poco. Si me pagara Salazar sería para conocer todo lo que tú sabes. Eso ya lo he averiguado. No tendría por qué seguir este juego. Así que, si quieres, me llamas al mismo teléfono de la tarjeta, pero acabado en cero, y nos vemos para que te lo cuente. Y si no, lo olvidas todo ¿De acuerdo? Rompes mi tarjeta, y adiós.

Se hizo un breve silencio en el que se decidió la partida.

- ¿Entonces, por qué lo haces? -me preguntó con curiosidad no fingida- No creo que a un timador profesional le apetezca meterse en líos por amor al arte. Dame una razón y te creeré.

- Mi único interés eres tú -dije, y colgué bruscamente.

Tenía que jugar fuerte con aquella mujer. Había subestimado a mi presa y perdido con ello un buen puesto de tiro pero, ahora que sabía con quién jugaba, la cacería me interesaba aún en mayor medida. De lo que no me tenía ya dudas era de que me había divertido más en esas pocas horas que en los últimos diez años.

Al poco rato sonó el teléfono.

- ¿Eres Juan? ¿Cómo debo llamarte?- su voz había perdido la crispación anterior.

- Juan, por favor -confirmé suavemente.

- Bien, Juan, veamos qué es eso que quieres contarme>>.

<< A las siete de la mañana del día siguiente viajábamos en mi Porsche 911 por la autopista, camino de la costa. "Vaya ¡Cómo viven los estafadores de hoy!" había exclamado Alicia antes de subir. "Es de cuarta mano -mentí-. El atrezzo es fundamental. Hay que ser creíble de arriba abajo. Es necesario demostrar el éxito para que nadie desconfíe, aunque a veces falla, como en tu caso".

La noche anterior habíamos cenado juntos mientras le ponía al corriente de mis averiguaciones sobre el asunto Carcasa- Flapisa- Bituminosa. Flapisa era en realidad la cabecera de un holding de origen familiar levantado a partir de un pequeño comercio de neumáticos por un tal Dorimedontes González. Este había muerto pocos años atrás y los herederos se decidieron por la creación de un grupo que, con el tiempo, cotizaría en bolsa, y cuyas empresas estaban unidas por complicadas relaciones accionariales. En el fondo, la familia mantenía el control y cada uno de los hijos se responsabilizaba de una parte que manejaba a su antojo. Una de las empresas más importantes del grupo era Flapisa Inmobiliaria, la cual, según mis informadores, había sufrido un fuerte revés en un proyecto de

urbanización en la costa. Sin embargo, la contabilidad del holding, que era el que cotizaba en bolsa, no había reflejado suficientemente en su opinión las consecuencias del descalabro.

- ¿Dónde está la urbanización? -me preguntó Alicia en el restaurante.

- En la Costa del Sol.

- Tendré que ir a echar un vistazo. ¿Quieres acompañarme?

- ¿Eso significa que me crees o al contrario, que necesitas ver para creer?

- Significa que tendremos que ir allí para contrastar la información. No quiero más patinazos -dijo sin comprometerse.

Durante la cena se mostró muy interesada por mis supuestas actividades al margen de la ley.

- ¿No pensarás hacer un reportaje sobre esto?

- ¿Quién sabe? -me contestó con picardía-. Se vendería como churros: 'Sepa cómo actúan los timadores de empresas. Ponga a salvo la suya'

- Suena bien, pero todo lo que te cuente hoy, o cualquier otro día, será 'off the record' ¿No se dice así?

- Exacto.

- Y te prohibo -proseguí- que lo utilices. Me arruinarías el negocio.

- Está bien. Trato hecho.

- ¿Y cómo sé que lo respetarás?

- ¿Cómo sé yo que mi estafador no me dejará tirada camino de Torremolinos después de violarme a punta de pistola?

- Nunca he usado esos métodos- respondí.

- Quién sabe, a lo mejor cuando te fallen las tarjetas... Bien -cambió de tema-, dime cómo haces para estafar a los empresarios.

- En realidad, todos los timos tienen la misma mecánica -ya me había informado para salir del paso ante esa pregunta-. Se trata antes de nada, de incitar la codicia de las víctimas.

- Sí, pero ¿cómo lo haces?

- Con palabras, muchas palabras. Cuando la víctima empieza a dudar te sacas de la manga una prueba falsa que parezca irrefutable y, cuando has logrado convencerla, le puedes vender cualquier cosa inexistente. En ese momento sólo piensa en que va a hacer un buen negocio del que va a poder beneficiarse personalmente, bien con una comisión oculta, bien con unas facturas falsas para la empresa. Entonces viene lo más sencillo: le pides un anticipo y desapareces del mapa.

- Cuéntame algún caso concreto, por favor. Me parece un tema apasionante.

Desgrané un par de historias que llevaba preparadas, aunque le advertí que los nombres eran inventados. Tras la velada, fijamos una hora temprana para emprender el viaje. Al despedirme intenté una nueva aproximación.

- Sería más cómodo para los dos que durmiésemos en el mismo sitio. Así mañana no tendría que atravesar toda la ciudad para recogerte -le sugerí tomándole la mano.

- Error de planteamiento -argumentó-: en ese caso para el único que sería más cómodo sería para ti. Tu lógica ha fallado. Además, después de esta charla ¿cómo sé que no me estás vendiendo algo que no existe?

- Aún no te he vendido nada. Pero recuerda la clave: ha de ser la víctima la que desee comprar.

El proceso había empezado por fin a ajustarse a mis previsiones. Las respuestas de Alicia tenían otro matiz muy distinto. Por otra parte, ya casi me sentía un estafador auténtico. Después de todo, Don Juan era eso, un gran estafador que jugaba con la codicia amorosa o sexual de sus elegidas. Eran ellas las que, con su ambición de ser amadas, permitían que llevase a término las empresas más descabelladas>>.

<<Durante el viaje hablamos de literatura, de cine, de música y encontramos muchos puntos en común. "Tienes unos gustos muy selectos para ser un estafador" - me dijo. "No siempre lo fui", le contesté, pero me negué a darle más detalles, aunque me los pidió con insistencia. Ante los ojos curiosos e ilógicos de una mujer, un pasado oscuro siempre aporta un atractivo adicional.

Hacia las doce del mediodía llegábamos a nuestro destino: una ladera reseca en un pueblo de Málaga, a pocos kilómetros de la costa. Un gran edificio de apartamentos y dos centenares de chalés adosados, todos a medio construir, se resquebrajaban al sol en un estado de claro abandono. Flapisa, calculé, debía llevar más de 3.000 millones de pesetas invertidos cuando se paralizaron las obras. Demasiado dinero. Ahora tendríamos que averiguar por qué se habían paralizado.

Nos dirigimos en primer lugar al Ayuntamiento: un caserón renacentista cuya balconada presidía la plaza y daba cobijo al escudo de la villa. Su interior estaba

perfectamente reformado. Preguntamos al primer conserje que encontramos por el concejal de urbanismo.

- No está -dijo el viejo con cara de que no le gustábamos nada-. ¿Para qué quieren verle?

- Para nada importante... -empecé a decir, pero Alicia me interrumpió.

- Es sobre las obras paralizadas de la colina.

- ¿Las de Flapisa? -preguntó el conserje, de repente muy interesado en nosotros.

- Sí, esas mismas -contesté yo antes de que hablase Alicia.

- Pues no sé si vendrá por aquí hoy... el caso es que...

Saqué un billete de mil pesetas de un bolsillo con cierto evidente disimulo.

- El caso es que no sé muy bien dónde puede estar -dijo mientras se rascaba la calva que tenía debajo de la gorra.

Saqué otro billete.

- Seguramente -dijo entonces sin titubear- esté en su casa, dos calles más arriba, la que tiene la puerta amarilla. No le digan que yo les he mandado ¿eh?

Le di la propina y nos alejamos.

- No tenías que haberle dicho a qué venimos -le reproché a Alicia mientras caminábamos aprisa, calle arriba.

- Me pareció un tipo inofensivo. A lo mejor sabía mucho.

- Es un tipo corrupto ¿No lo has visto? Es muy probable que se busque otra propina dando el soplo a alguien de que hemos venido.

- ¡Vaya! ¡Quién fue a hablar de corrupción! -me contestó furiosa cuando ya estábamos frente a la puerta amarilla.

- Ahora déjame a mí -le ordené.

Llamamos a la puerta y nos abrió una mujer joven. "¡Mariano! -gritó cuando preguntamos por el concejal-. Baja, que preguntan por ti". Mariano asomó con indolencia por una puerta y llegó hasta nosotros. Era joven, de unos treinta años, con gafas y aspecto de hombre de ciudad.

- ¿Qué desean? -preguntó.

- Perdona que le molestemos -dije-, somos periodistas y venimos de Madrid. Queremos hacerle unas preguntas. Estamos investigando los negocios sucios de Flapisa, ya sabe, la constructora de la urbanización de la colina, y pensamos que usted podría darnos alguna información.

Alicia me miró horrorizada. El concejal se puso tenso, se asomó a ambos lados de la calle y nos hizo pasar. Nos condujo al salón y cerró la puerta. "Siéntense, por favor", nos pidió con toda educación.

- ¿Qué quieren saber exactamente? -preguntó mientras encendía un cigarrillo sin asomo de relajación.

- Su versión de la historia -contesté.

- ¿Piensan publicar algo?

- Nada que usted no quiera que se publique —se apresuró a contestar Alicia, cada vez más molesta con mi protagonismo.

- Pues no quiero que publiquen nada, al menos con mi nombre. Yo no existo. Ustedes nunca han hablado conmigo.

- De acuerdo -aceptamos los dos a la vez.

- Es una desgracia para nuestro pueblo y cuanto antes se olvide, mejor.

Se echó hacia atrás en el sofá y miró hacia arriba mientras dejaba salir el humo lentamente, como si ese gesto le ayudase a situarse en el pasado.

- En el pueblo todos saben qué pasó, y lo saben porque se pusieron de una parte o de otra. El anterior alcalde, Rufino Cascales, concedió permisos a esa gente de Flapisa para construir la urbanización en el Cerro del Olivar. Nos quedamos sorprendidos porque la urbanización se saltaba a la torera el Plan de Urbanismo. Ese terreno estaba destinado a construir un polideportivo, jardines y un centro para jubilados. Todos lo sabíamos, pero la constructora prometió trabajo para todo el pueblo durante tres años. Miren, aquí no falta trabajo en construcción, pero hay que desplazarse a la costa, a veces más de cien kilómetros a la ida y otros tantos a la vuelta. Así que para esa gente trabajar en el mismo pueblo era una tentación difícil de rechazar. En cuanto al polideportivo y todo lo demás, Flapisa prometió construirlo en otro lugar de menos interés, aunque no dio garantías de ello.

Durante el resto de su relato, el concejal insistió en la división que se produjo en el pueblo. De un lado, los que consideraban que la urbanización era algo bueno, a pesar de que vulnerase la ley. De otro, los que anteponían la legalidad y los acuerdos del Plan de Urbanismo como la única forma de mantener la dignidad y la fuerza ante los poderosos, porque hacer lo contrario era "hipotecar la identidad y el orgullo de sus habitantes por un breve beneficio", en las cultas palabras del concejal. Las obras comenzaron pese a todo. A los pocos meses hubo elecciones municipales y, en contra de lo esperado, la alcaldía cambió de manos y pasó a los

detractores de la urbanización, entre los que militaba Mariano. Una de sus primeras medidas fue paralizar las obras.

- Supongo que tuvieron que soportar ustedes muchas presiones -dije cuando terminó su relato.

- Ni se lo imagina. Las hubo de dentro y de fuera del pueblo. Hemos tenido hasta amenazas físicas contra nosotros y nuestras familias. También han querido sobornarnos con muchísimo dinero. Afortunadamente ya ha pasado todo. Cuando aprobemos el presupuesto, derribaremos lo que está construido y comenzaremos las obras del polideportivo. Por eso prefiero que no se publique nada, que no se remueva más el asunto. Ahora parece que ha vuelto la paz, incluso con la propia Flapisa. Al poco de paralizar las obras pidieron unos permisos para construir en una zona urbanizable y se los tramitamos sin problemas. Esta es la situación hoy por hoy, y queremos que siga siendo así.

En cuanto salimos de allí Alicia se me echó encima.

- Pero ¿cómo puedes acusarme de bocazas y tú le sueltas a bocajarro al concejal lo que buscamos? -gritó cogiéndome de la manga.

- Es un tipo íntegro -le respondí con suficiencia-. A la gente de su pasta es mejor decirle la verdad, se sienten más seguros que si empiezas a dar rodeos y a comentarle lo bonito que es el pueblo para preguntarle de repente: ¿Y eso de la colina qué es? Nos habría calado en un minuto.

- ¿Y cómo sabías que era un tipo íntegro, gran adivino?

- Tenemos una enorme prueba de su integridad.

- ¿Cuál? -preguntó.

- Esa - dije señalando las ruinas de la urbanización. >>

Julia no pudo evitar la curiosidad de avanzar de un salto hasta la última página. <<En reposo horizontal, la firmeza de sus senos tenía menos mérito, pero no por ello dejaban de mandar claras señales a mi boca y a mis manos>>. Allí estaba el punto culminante, se dijo, pero se arrepintió y volvió atrás. En el fondo solamente quería asegurarse de que ese punto culminante ya estaba escrito. No quería hacer el esfuerzo para luego descubrir que el enlace con la escena del principio aún no existía.

<<Mi papel en aquel embrollo, pensé, estaba a punto de finalizar. Alicia ya tenía una buena historia que le abriría más puertas aún de las que presumía. Eso estaba bien, pero Don Juan aún no había culminado su triunfo.

Propuse una comida en un restaurante que conocía, cerca de la playa. El sitio era muy selecto. "Esto te va a costar una pasta estafador", me dijo al llegar. "No te preocupes, pienso pagar con una tarjeta falsa", le respondí. Durante la sobremesa comentamos nuestros progresos.

- Así que -dijo ella- Flapisa debería tener un agujero que no figura en sus libros.

- Y que tampoco aparece en las cuentas del grupo. Ahí tienes una buena historia: la excelente compra que acaba de hacer Bituminosa puede llevar a juicio a más de uno.

- Pero no acabo de estar contenta -se lamentó.

- ¿Por qué?

- Porque no hay nada que me explique el papel de Carcasa.

"Esta chica", me dije, "quiere llegar siempre hasta el final. Mejor".

- Pensé que ya lo habrías adivinado.

- Claro, tú ya estás al cabo de la calle ¿no? -se revolvió furiosa, pero sin más argumentos.

- En efecto. Fíjate en una cosa: esta urbanización lleva mucho tiempo sin tocarse, unos tres años, calculo por lo que nos ha dicho el concejal. Eso quiere decir que el agujero viene de lejos. Flapisa se debió poner a la venta entonces, coincidiendo con la muerte del viejo fundador. Carcasa pudo hacerse con ella poco después, antes de la salida a bolsa del holding.

- No entiendo gran cosa por ahora -reconoció Alicia.

- Es fácil. Hombres de paja de Carcasa adquieren Flapisa y, aunque los hijos mantienen el paquete mayoritario, unidos a otros socios los nuevos dominan la compañía. El desastre de la urbanización de la colina pudo ser detectado por Carcasa, que compró a bajo precio con la intención de vender. Es posible también que no se diese cuenta hasta después de cerrar la operación. No lo sabemos pero, en el fondo, eso nos da igual. Lo que quería era, por uno u otro motivo, desprenderse de Flapisa. Primero la saca a bolsa y después hace subir subir sus acciones. ¿Cómo conseguirlo? Filtrando la noticia de que la sólida y solvente Carcasa preparaba una oferta con un alto precio por acción sobre su hija secreta. Utilizaron tu periódico, un medio que no estaba en su mejor momento, y que estaba dispuesto, previsiblemente, a creer cualquier bombazo con la mínima verosimilitud. Lo hizo, claro. Además, Carcasa pertenece al macro grupo del Banco Mundial, el mismo que había concedido a tu ex diario un crédito blando en otra situación crítica anterior. Por eso, cuando insististe en que había algo sucio en ese asunto, tu redactor jefe fue presionado para apartarte de él. Finalmente, Carcasa se salió con la suya, y su competidora, Bituminosa, mordió el anzuelo a muchas pesetas por acción más de lo que valía la compañía.

- ¡Vaya! -exclamó Alicia impresionada-. Buena jugada. Es genial, pero explícame- añadió con desánimo- cómo pongo eso en un reportaje sin que me lo tiren a la cara. No tenemos ninguna prueba, ni siquiera indicios.

En efecto, no los teníamos, y eran necesarios para seguir avanzando, justo lo que deseaba esa mujer nunca satisfecha. Y si ella no avanzaba, Don Juan tampoco. Ya había notado cómo su admiración por mí iba en aumento, incluso me había tomado la mano un par de veces, pero me faltaba el golpe de gracia. Tuve suerte, porque acto seguido me llegó la inspiración.

- El concejal -recordé- nos dijo que los de Flapisa habían vuelto a pedir unos permisos. ¿No es eso?

- Sí, algo así nos contó -confirmó Alicia.

- Será mejor que nos aseguremos de ello. >>

Si en el pasaje anterior estaba la explicación del caso, se confesó Julia a sí misma, nunca entendería nada de finanzas. La media hora había transcurrido sin que se diese cuenta. Era evidente, a pesar de que seguía revelándose en su fuero interno, que tenía que llegar como fuese al final de la historia.

<<Antes de abandonar el restaurante, el destino se alió conmigo para hacer aún más creíble mi falsa personalidad. Con toda ceremonia y algo de chufra en el gesto, el camarero me devolvió la tarjeta de crédito que le había entregado poco antes. Sólo de pensar que me habían descubierto con una tarjeta falsa, Alicia estuvo a punto del colapso. Simplemente había caducado una semana antes. Logré tranquilizarla mostrándole una larga tira de otras variadas tarjetas.

Poco después estábamos de nuevo en casa de Mariano el concejal, quien, cuando salió a recibirnos, tenía todo el aspecto de haber sido interrumpido en plena siesta.

- ¿Qué quieren ahora? -preguntó después de hacernos pasar.

- Antes -le recordé- nos habló de que Flapisa había pedido otros permisos de obra. ¿Para qué en concreto?

- Poca cosa. Dos chalés grandes que hay a un par de kilómetros en un sitio estupendo, de cara al mar.

- ¿A quién pertenecen?-volví a la carga.

- No lo sé muy bien. Sé que son gente de Madrid. Por el pueblo nunca vienen. Pueden preguntarle al cartero.

Los bostezos del concejal nos aconsejaron marcharnos lo antes posible. Al cartero lo encontramos tomándose un carajillo en el casino, a punto de empezar una partida de dominó y a refugio del sol vespertino.

- Ah sí, allá arriba. -dijo cuando le interrogamos- A veces llevo alguna carta. Deben ser cosas de los chavales. Las novias y eso.

- ¿A nombre de quiénes llegan las cartas? -proseguí.

- Pues no sé si eso deba decirlo.

- No tema. Lo que figura en el sobre es de dominio público.

Le animé un poco más pidiéndole una copa de buen coñá.

- Pues me parece que unos son González Riesco y los otros Salazar del Campo.

No pudimos tener más suerte. Esa era la prueba que buscábamos. Los dos artífices de la operación, los dueños de Carcasa y Flapisa habían tenido la humorada de construirse un par de mansiones en el mismo pueblo que les llevó a la ruina. Es probable incluso que las erigieran con parte del material que estaba destinado a la urbanización abortada. De esa forma se podía establecer de forma

bastante sólida que existía una antigua relación entre las dos empresas. Ya era solamente una cuestión de acudir a registros y otras zarandajas de las que Alicia podía encargarse eficientemente. De vuelta a Madrid le di algunos detalles de cómo hacerlo.

- ¿Piensas publicarlo en tu ex periódico? -pregunté.

- Ni en broma. En este asunto he aprendido varias lecciones de una sola tacada. Una de ellas es que no hay prensa independiente.

- Te ha costado un poco darte cuenta. Yo nunca lo creí pero he aprendido, sin embargo, que pueden existir periodistas honrados -reconocí sinceramente.

- Gracias por el cumplido. Supongo que trataré de vendérselo a algún semanario.

- ¿Independiente?

- Bueno, habrá que buscarlo.

- ¿Te puedo dar otro consejo? -insistí.

- Uno más ¿qué importa?

- Llévaselo a la competencia, 'Economía al día'. Están en manos del grupo Interbanco y les va a gustar mucho una historia en la que está involucrado el grupo del Banco Mundial. Le van a dedicar mucho, mucho espacio.

- Eres una auténtica víbora - me dijo con admiración creciente. >>

<<A pocos kilómetros de la urbe, me encontraba dispuesto a estrechar el lazo. No fue difícil, pues ella debía estar pensando lo mismo, incluso se adelantó a mis deseos.

- ¿Sabes Juan? Me impresionó eso que me dijiste por teléfono. Eso de que lo hacías solo por mí - había una clara emoción tremolando en su voz: era la señal.

- Es verdad. Desde que te descubrí en el pub -dije sin mentir- supe que ibas a ser alguien importante en mi vida.

- Eres un tipo raro...

- Y eso que no conoces aún mis vicios secretos.

- Me cortejas pero no has vuelto a preguntarme si estaba casada y ni siquiera parece interesarte si vivo sola...

Era verdad, pensé, pero ¿qué le podían importar a Don Juan esos detalles?

- Eso se puede arreglar enseguida ¿Estás casada?

- ¡No! -contestó fingiendo un grito de júbilo.

- ¿Vives sola?

- ¡Sí!

- ¿Querías invitarme a cenar esta noche?

- Qué menos, mi querido detective estafador.

Alicia recogió mi mano, apoyada en la palanca de cambios y la acarició. Aunque circulábamos deprisa y la carretera, cerca ya de Madrid, estaba muy transitada, me incliné para besarla. Don Juan había vencido, pensé con sus labios frescos entre los míos. Pero las cosas no iban a ser tan fáciles.>>

<<Alicia vivía en un apartamento interior, reformado a medias, en un viejo inmueble del centro. Su piso era el quinto, y no había ascensor. Ascendimos con cierta premura, pero sin hablar, por los ruidosos escalones de madera cien mil veces fregados. Al llegar al último tramo, la luz natural se recuperaba hasta desbordar el resplandor de una agónica bombilla.

Alicia extrajo sus llaves del bolso y se dispuso a abrir con cierta ceremonia, pero no acertó. El llavero cayó al suelo. Me agaché rápido a recogerlo y entonces vi algo que me llamó la atención: había una tira de cinta aislante que unía la puerta al suelo. Alicia abrió, esta vez a la primera, y el olor que salió del piso se asoció en seguida en mi cerebro a lo que acababa de ver. Di un grito.

- ¡No enciendas la luz! ¡No toques nada!

Ella se detuvo petrificada.

- Huele a gas -dijo quedamente.

- Sal de aquí sin respirar. Esta casa es un globo.

Abrí de par en par las ventanas y salí al descansillo nuevamente. Cuando volvimos a entrar comprobamos que la espita del gas estaba completamente abierta y que la rejilla de seguridad había sido tapada con más cinta. Si Alicia hubiese encendido la luz, habríamos saltado por los aires. Ahora no había dudas. Iban totalmente en serio. De pronto me entraron unas ganas tremendas de terminar aquella primera aventura de Don Juan. Ella, que había mantenido la calma hasta entonces, rompió a llorar. Era inevitable una invitación para pasar la noche en mi casa>>.

<<Y allí se encontraba ella, sentada en mi cama, vestida con la chaqueta de mi pijama y clamando por mi amor. Me acerqué. Estaba preciosa, y, por si fuera poco, soy de esos a los que les excita que las mujeres se pongan su ropa. Yo llevaba solamente el pantalón de la misma prenda. En resumen: todo el escenario estaba preparado para el final de mi película de serie B: luego habría un beso y un cartel de "The End". Me pareció conveniente, no obstante, estirar un poco más la escena con otros planos que tenía preparados, aunque era consciente de que, cuanto más avanzara, más difícil me resultaría a mí mismo culminar la ansiada venganza. De hecho, bajo la seda, mis instintos demostraban con firmeza que no querían saber nada de rebuscados sadismos.

Conforme me acercaba a ella, Alicia se reclinó hasta tumbarse completamente. Me incliné y ella estiró los brazos para acariciar mis marcados pectorales. "Mi querido estafador", musitó. En un par de movimientos decididos pero suaves, desabroché todos los botones del pijama. En reposo horizontal, la firmeza de sus senos tenía menos mérito, pero no por ello dejaba de mandar claros mensajes a mi boca y mis manos. Aproximé mis labios sedientos al prieto pezón que coronaba su corazón agitado y lo succioné una vez, una sola, mientras su cuerpo se removía como sacudido por una descarga eléctrica. Luego me incorporé y susurré:

- Has tenido un día muy duro. Mañana tenemos que madrugar y me duele un poco la cabeza. Dormiré en el sofá del salón. Que descanses.

Alicia sólo reaccionó cuando yo casi había salido de la habitación.

- Juan, espera. ¿No hablarás en serio? -preguntó como esperando que fuese una broma-. Si es por el sida o algo de eso te juro que....

- Buenas noches, futuro Pulitzer -dije y cerré definitivamente la puerta.

Allí se quedó, humillada, temerosa, sedienta y, lo mejor, tremendamente enamorada.

Fue una gran revancha, una victoria que justificaba en parte una vida repleta de desprecios. Mi hermana, mis cuñadas, mi vecina, Yolanda la Bizca, Angela, Lola, Nieves, Montse, Susana, todas fueron desfilando ante mis ojos aquella noche y a todas fui humillando en la persona de la inocente Alicia. Aferrado a esas reconfortantes imágenes pude dormir de un tirón sin sufrir tentaciones. Algo que ella, seguramente, no consiguió.

Pero mi venganza no había hecho más que comenzar. A la mañana siguiente, cuando oí a Alicia cerrar la puerta de la calle cautelosamente, me dispuse a seleccionar mi segunda víctima que sería, decidí, más típica del Tenorio. >>

Allí terminaba el escrito. Al menos, se dijo Julia, el final había alcanzado cierto clímax melodramático que culminaba convenientemente el prescindible relato. Y es que, ahora que ya lo había leído y, por cierto, de un tirón, volvía a encontrarse en disposición de ser cruel con el desconocido novelista. Julia reagrupó los folios y los devolvió exactamente al lugar en que los había encontrado. Miró de nuevo el reloj. Había acumulado un buen retraso, pero no se levantó de la silla. Tenía todavía una hora que perder antes de regresar a casa y preparar la comida a su madre. Ese apartamento tan pequeño, se engañó nuevamente, podía dejarlo terminado en quince minutos.

Estaba perdida en esos cálculos mentales cuando, de repente, una idea disparatada se insinuó apenas en su inquieta cabeza como un revoloteo de palomas, como el bisbiseo de alguien que le "soplase" desde atrás las preguntas de un examen. Aunque desde el instante mismo en que se le ocurrió estaba segura de que la llevaría a cabo, el lado calculador de su carácter le obligó a perfilarla, a analizarla durante unos minutos, los suficientes para decidir que caería en brazos de la tentación con todas sus consecuencias. Separó una hoja en blanco del bloque que estaba dispuesto en la impresora y buscó un instrumento de escritura. Inesperadamente dio con el escondite de las plumas estilográficas. Contó más de diez, entre ellas una gruesa pieza alemana de pasta negra y plumín de oro que siempre le había gustado. Comprobó su carga y empezó a escribir con decisión.

<<Querido amigo:

He leído el inicio de algo que parece destinado a ser una novela por episodios basada en las aventuras de un moderno donjuán. He de reconocer que me he divertido con su lectura, pero, al mismo tiempo, creo que comete usted algunos errores de planteamiento y alguno que otro de resolución formal. Mi primera objeción se dirige a la psicología de su donjuán. ¿De verdad le parece que su ejecutivo elegiría este mito de nuestros clásicos, en lugar de un Indiana Jones o algún otro subproducto de la mitología moderna?

Por otra parte, el papel en que deja a la mujer, revela una visión estrecha y machista...">>

Julia se detuvo en ese punto y releyó lo que había escrito. Arrugó el papel. No le gustaba en absoluto. No transmitía un mínimo atisbo de ironía, de humor, de juego. Y ella lo que quería era, precisamente, iniciar un juego. Se levantó y paseó por la habitación fijándose en el conjunto y en los detalles. Aquélla era la guarida de un hombre joven a caballo de dos siglos, un hombre instruido que mantenía en secreto ciertas aspiraciones literarias. Su biblioteca, carente de cualquier sistemática, estaba bien surtida, aunque con grandes lagunas e insistencias curiosas. Había obras españolas de todos los siglos, algo de poesía francesa, un compendio casi completo de novela inglesa (lo que le agradó especialmente), muchos ensayos divulgativos de tipo científico, humor, los inevitables premios y libros de moda, y alguna colección de obras completas de los más variopintos autores: Hesse, Hemingway, Pío Baroja, Tolstoi, Bertrand Rusell... También encontró una buena y carísima enciclopedia y obras sobre publicidad y marketing, seguramente relacionadas con la profesión del inquilino. De algunas fotos desperdigadas por los estantes en las que aparecían una pareja y dos niños pequeños, dedujo que el escritor era ese tipo alto con gafas de sol, y que seguramente estaría divorciado o separado, pues no había rastro alguno de vida infantil en todo el apartamento.

En cuanto a la decoración, era moderna, pero no de grandes almacenes. Los muebles eran todos de firma, y algunos de diseñadores famosos, al igual que los cuadros y las piezas escultóricas que se repartían por estanterías y paredes.

La discoteca no era muy extensa, pero sí completa, y con las mismas extrañas insistencias. Encontró obras medievales, ópera, jazz, rock de varias épocas, casi siempre de maestros de los respectivos géneros. Los autores más recurrentes eran Verdi, Miles Davis, Bach y Sting.

Un hombre así, pensó Julia con cierta benevolencia, era con seguridad perfectamente consciente de que había escrito algo divertido, no muy brillante pero, sobre todo, muy machista. Le parecía que los gustos de la persona que había dado forma y habitaba aquella habitación, no deberían tener esa inclinación. En todo caso, su análisis del apartamento le había servido para convencerse de que su improvisado comentario de texto nada iba a decirle a su autor que éste no supiera.

Encontró un pasatiempo de sobremesa consistente en un cubo transparente que contenía varias figuras sumergidas en un líquido espeso. Jugueteando con él, se le ocurrió que quizás estuviese ante otro juego. Un juego privado en el que el autor se vengaba de las mujeres por medio de un alter ego bastante patán y monocorde. Sí, era un juego solitario y cerrado, como ese cubo. Pero quizás estaría dispuesto a admitir otro jugador más. ¿Pero qué tipo de jugador? ¿Una estudiante de doctorado en Filología Inglesa que sustituía como asistente a su madre enferma? No parecía lo más adecuado. Julia volvió de nuevo a curiosear por la biblioteca en busca de una solución. Hasta que la encontró.